

TIC Y CIUDAD: UN ABORDAJE DESDE EL CONSTRUCTIVISMO SOCIAL

Paula Vera
Universidad Nacional de Rosario /
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET (Argentina)
paulavera.arg@gmail.com

Resumen

En este trabajo intentaremos desarrollar una lectura crítica en clave epistemológica acerca de la posibilidad de pensar en la construcción colectiva de la ciudad y los dables modos de abordaje. En una primera instancia, trabajaremos sobre los distintos enfoques epistemológicos desde los que se puede pensar la ciudad. Luego la analizaremos como posible objeto de comunicación y veremos los abordajes teóricos pertinentes como consecuencia de la concepción que adoptaremos de ciudad. Finalizaremos este desarrollo con una reflexión acerca de cómo analizar la construcción colectiva de la ciudad, lo que nos conduce a plantear el *constructivismo urbano* como nueva articulación teórica en los estudios comunicacionales urbanos.

Palabras clave: ciudad, TIC, constructivismo social, comunicación, epistemología.

Introducción

La ciudad, como objeto de estudio de la comunicación, atraviesa un momento de gran complejización. Este fenómeno necesita nuevos modos de abordaje que logren dar cuenta de las nuevas articulaciones que componen la ciudad.

Para ello es necesario tomar distancia del paradigma de simplicidad que se rige por disyunción, reducción y abstracción en la búsqueda de un orden perfecto y que hoy gobierna nuestra cultura (Morin, 2008). Adherimos a la postura de Morin, quien considera a la distinción, la conjunción y la implicación como los principios de la *complejidad*. En lugar de separar y mutilar el pensamiento mediante la simplificación, se propone reunir lo Uno y lo Múltiple en una conjunción compleja. El análisis del concepto de *complejidad* demandaría una atención minuciosa que excede el marco de este trabajo. De todos modos nos gustaría aclarar que para Morin la complejidad es un modo de ver el mundo que implica una perspectiva múltiple y relacional, “la complejidad es un tejido (complexus: lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple (...) es efectivamente el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico” (Morin, 2008: 32). Este método no cartesiano significa, para el autor, más un desafío que un esquema acabado, ya que incita a pensar de manera compleja la acción cotidiana en cualquier campo social. Es en este punto donde entra en discusión con la ciencia clásica que él adjetiva como “paradigma simplificador”.

Este trabajo no pretende anclarse en *el* paradigma, sino encontrar puntos de partida y convergencia en el abordaje de las múltiples aristas que presenta cualquier fenómeno social. Al decir de Morin, “los paradigmas mutilan el conocimiento y desfiguran lo real” (Morin, 2008: 29). Consideramos que los conceptos no se agotan en sus teorías y que cuidando la coherencia

epistemológica, podemos explotar una de las riquezas de los estudios sociales que es la de permitir la coexistencia y complementariedad de puntos de vista.

Pasajes epistemológicos... el arribo a la ciudad construida

Una travesía por los caminos epistemológicos desde los que se ha abordado la ciudad nos sugiere el siguiente recorrido: de la ciudad concebida, a la ciudad practicada y finalmente a la *ciudad construida*. Para iniciar este proceso de reconstrucción, resulta primordial preguntarnos qué es la ciudad, para a partir de la concepción que adoptemos, definir los pasos a seguir.

Entre tantos debates que disputan su centro en el plano de los estudios sobre la ciudad, rescatamos aquel que se inaugura por la década del treinta, que encuentra contrincante a fines de la década del sesenta principios del setenta y aún sigue vigente. En esta reyerta se pone en juego la preponderancia de las estructuras o de los agentes al momento de definir los qué y cómo de la ciudad.

La *ciudad concebida*, aunque no fue planteada en estos términos, se consolida con la Carta de Atenas de 1933. Manifiesto urbanístico redactado en el IV Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM), donde se expone un concepto de ciudad funcionalista. Este documento comienza declarando que *“la ciudad no es sino una parte de un conjunto económico, social y político que constituye la región”* (Carta de Atenas, 1933: s/pág.). La ciudad como unidad o subsistema de un sistema más amplio y definido por las escalas –municipal, regional, nacional– debe ser planificada de modo que respete y privilegie el bienestar psicológico y biológico de sus habitantes, en lo que concierne a los cuatro aspectos fundamentales para el urbanismo de entonces: habitación, esparcimiento, trabajo y circulación. Haciéndonos eco de una de las críticas clásicas al funcionalismo, vemos aquí la incapacidad de abordar la totalidad y multiplicidad de aspectos de la vida social que implicarían, entre otras cosas, el deseo, lo simbólico, lo imaginativo, etcétera.

El ideal urbanístico de planificación, orden, funcionalidad espacial y sincronidad absoluta de los tiempos y movimientos es cuestionado hacia fines de los sesenta por los trabajos de Henri Lefebvre. Si bien este autor, marxista revisionista, como se define en su prólogo de *El derecho a la ciudad* (1978), no va a hablar de actores o sujetos por fuera de la estructura analítica marxista, destaca la posibilidad de los agentes de “construir” la ciudad. El espacio urbano “es el resultado de una historia que debe concebirse como la obra de ‘agentes’ o ‘actores’ sociales, de ‘sujetos’ colectivos, que operan por impulsos sucesivos, emitiendo y formando de manera discontinua (relativamente) capas de espacio (...). Las cualidades y propiedades del espacio urbano son resultado de sus interacciones, de sus estrategias, de sus éxitos y fracasos” (Lefebvre, 1972:133).

En la década del setenta en Argentina, específicamente en la Universidad Nacional de La Plata, un grupo de investigadores dirigidos por Marcos Winograd, avizoraban mutaciones en este sentido. Al detectar que la ciudad funcionaba como una unidad, ya no podía ser pensada desde tamaños y dimensiones, sino que el problema pasaba a estar centrado en la *socialidad* tanto de los ciudadanos como del espacio. Definen al *urbanismo –arquitectura-objeto–* como

una visión de arriba hacia abajo; mientras que la visión que ellos defienden, en cambio, está *en y hacia* la ciudad –*arquitectura-ciudad*–, en el espacio vivido, en el modo de vida de todos. Van a revalorizar el rol de los actores no sólo en la construcción de la ciudad, sino como elemento indispensable al momento de abordar el fenómeno urbano desde esta nueva *arquitectura-ciudad*.

Por su parte, hacia fines de los setenta y principios de los ochenta, se publica *La invención de lo cotidiano*, obra del francés Michael De Certeau quien aporta ideas fundamentales en relación con cómo pensar la ciudad. Con el centro puesto en el actor, habla de *mirones* en alusión al artista, arquitecto o urbanista que ve la ciudad y la representa como una ciudad-panorama, simulacro teórico que desconoce las prácticas. “Es ‘abajo’ al contrario, a partir del punto donde termina la visibilidad, donde viven los practicantes ordinarios de la ciudad, wandersmanner, cuyo cuerpo obedece a los trazos gruesos y a los más finos [de la caligrafía] de un ‘texto’ urbano, que escriben sin poder leerlo (...) Una ciudad trashumante, o metafórica, se insinúa así en el texto vivo de la ciudad planificada y legibles” (De Certeau, 2007: 105). Este autor plantea que, por un lado, hallamos la racionalización de la ciudad, la utopía urbanística, la organización funcionalista que privilegia el progreso y el tiempo, dejando de lado el espacio mismo, las prácticas cotidianas; y por otro lado, encontramos la ciudad que se hace escapando a la disciplina, el espacio vivido que se hace al andar. La ciudad, ese lugar como palimpsesto, es la metáfora mediante la cual se trata de expresar que la ciudad es un espacio colmado de huellas y lecturas pasadas sobre las que se imprimen las nuevas, que también serán las huellas borrosas del mañana, terreno para el emplazamiento de otras prácticas, otras capas de una ciudad que está siempre haciéndose.

La actualidad de este debate queda expresada en el libro *Sociedades movedizas* de Manuel Delgado quien recupera la línea teórica de Lefebvre para argumentar la diferencia entre *ciudad concebida* y *ciudad practicada* –lo que equivale a distinguir entre la ciudad y lo urbano de Lefebvre–. De aquí se desprende que la ciudad sea considerada como “un sitio, una gran parcela en que se levanta una cantidad considerable de construcciones, encontramos desplegándose un conjunto complejo de infraestructuras y vive una población más bien numerosa” (Delgado, 2007: 11); mientras que asocia lo urbano a la ciudad practicada, en términos de Lefebvre, “la obra perpetua de los habitantes, a su vez móviles y movilizados por y para esa obra” (Lefebvre, 1978: 158). Así queda formulada la disparidad entre la *ciudad concebida* –producto estructural que está en sintonía con los conceptos del urbanismo– y la *ciudad practicada* –constructo subjetivo en el cual los actores son los protagonistas del proceso que bien estudiaría la sociología urbana, la micro sociología o el interaccionismo simbólico–. Asimismo, Adrián Gorelik (2004) entiende que la ciudad no puede ser estudiada desde la sociología urbana –que la considera como un escenario de prácticas sociales–, ni desde el urbanismo –que la concibe como un modelo, una maqueta–. La ciudad, en cambio, es “el espacio heterogéneo, socialmente producido por una trama de relaciones, materialización compleja de la cambiante textura de las prácticas sociales” (Gorelik, 2004: 270). Este pasaje permite comprender las dos visiones, muchas veces antagónicas, algunas veces integradas,

entre la sociología urbana que se aboca a la *agencia*, y el urbanismo, representante de la *estructura*.

En esta línea se halla *La condición urbana* de Mongin donde se presentan diversos discursos sobre la ciudad. Este trabajo argumenta que la ciudad ya no forma parte de la vida contemplativa sino que participa de la vida activa. La condición urbana –término con el que el autor denomina a la ciudad– “designa tanto un territorio específico como un tipo de experiencia de la que la ciudad es, con mayor o menor intensidad, según las circunstancias, la condición de posibilidad” (Mongin, 2006: 31). Entendida como una experiencia polifónica, confluyen en la ciudad experiencias físicas en espacios públicos y privados que hacen a la vida activa. Pero esa ciudad también es un objeto que se mira e idealiza y que está a la voluntad de control del Estado, como nos explica Mongin, “entre instituyente e instituida, la experiencia urbana es siempre un lugar intermedio que valoriza el intersticio, el punto intermedio entre el afuera y el adentro, que es la expresión de la relación con el mundo” (Mongin, 2006: 373). La ciudad es el espacio físico, mental y simbólico que puede simbolizarse como un holograma (1) que muta con cada movimiento. La ciudad queda congelada en un instante en el que las prácticas de los actores la configuran, a la vez que son configurados por ésta.

Una vez inmersos en el debate, ahora estamos en condiciones de arribar a nuestro concepto de *ciudad construida*. Las dimensiones desde las que se puede abordar el fenómeno de lo urbano son múltiples y heterogéneas (espacio público/espacio privado, objeto/sujeto, local/global, adentro/afuera, acciones/representaciones, movimientos, discursos, signos, productos culturales, etc.) sin embargo, en general, todas se caracterizan por cierta tendencia hacia la reducción y polarización. Necesitamos entonces una mirada que nos permita articular la variedad de factores constitutivos de la ciudad, para, así, poder sortear las dicotomías clásicas desde donde ha sido pensado este fenómeno. Para ello entenderemos a la ciudad como un *entramado socio-técnico-cultural* (2). En este sentido, como todo objeto, se encuentra delimitado por su contexto histórico. En la ciudad confluyen sujetos y sistemas –sociales, culturales, políticos, ecológicos, arquitectónicos, económicos, legislativos, organizacionales y tecnológicos– que se hallan en permanente intercambio y dinamismo. La ciudad es polifacética, polisémica, disímil, híbrida y movедiza.

La *ciudad construida* destaca el potencial de los actores en interacción con otros actores, con objetos, con espacios, con representaciones y con prácticas que van configurando el entramado o la malla urbana. La diferencia con respecto a muchos de los planteos trabajados desde la óptica de *ciudad practicada* es que no son las prácticas individuales que se presentan sobre la ciudad las que la constituyen, sino los flujos interactivos y constantes de los actores que la tejen en la interacción. El lenguaje y la comunicación se revelan como el medio constructor de espacialidad.

La *ciudad concebida* es abordada desde puntos de vista objetivistas que tienden a una escala macro de acercamiento al objeto. Entre las posibles corrientes de estudio en este aspecto hallamos el urbanismo, cierto tipo de arquitectura, la geografía y demografía. Por su parte, la *ciudad practicada* es estudiada desde la sociología urbana, el interaccionismo simbólico y la

Etnometodología; disciplinas y teorías que se abocan al estudio micro sociológico –con excepción de la sociología urbana que bien puede realizar estudios macro también–, aquí prevalece como unidad de análisis la acción de los actores. Por último, la *ciudad construida* que definimos, podría ser comprendida desde el constructivismo, ya que es un objeto que responde a los principios básicos de este: todo se mueve y circula en un sistema de autoorganización sin alteridad; la realidad de nuestro objeto está conformada por relaciones sociales y en esas relaciones no sólo hallamos sujetos, sino también objetos, imaginarios, representaciones, políticas, factores económicos, etcétera, y la importancia del lenguaje en este proceso resulta determinante.

En los estudios actuales de la ciudad, ya sea que se los aborde desde la comunicación, desde la sociología o la antropología, resulta muy difícil encontrar teorías que anulen el poder del *agente*. Si bien algunos (Goffman 1974; Delgado, 2007) se inclinan absolutamente hacia sus pasos fugaces por las calles, sus miradas y sus roces como constituyentes de la ciudad; hallamos otras corrientes que, al estudiar las representaciones de la ciudad, producto de los actores sociales, también destacan los medios de comunicación, los circuitos culturales y económicos que son, claramente, elementos estructurales de la sociedad. En cuanto a la *estructura*, la importancia que se le otorga es disímil. En nuestro caso, coincidimos en pensar que la *estructura* también condiciona las formas en que los agentes construyen esa ciudad. Los lugares de poder del agente varían en la composición de la ciudad, pero siempre una porción de estructura ya edificada en el actor emerge para seguir reproduciendo o recreando sus segmentos.

La ciudad como objeto de la comunicación

Proponemos un sucinto recorrido sobre cómo se viene analizando la ciudad desde la ciencia de la comunicación para detectar el área de vacancia y para comprender los procesos epistemológicos por los que ha pasado este objeto en esta disciplina. A su vez, pondremos en relación nuestra acepción de ciudad con las posibilidades de abordaje desde la comunicación.

Rossana Reguillo afirma que la problematización de la ciudad en el campo de la comunicación surge “en el momento en que aparece la preocupación por las condiciones de reconocimiento, es decir cuando el actor de la comunicación deja de ser concebido como el circuito terminal del proceso comunicativo y se le construye como un sujeto histórico, situado, capaz de intervenir en su realidad” (Reguillo, 2007: s/p.). Reguillo va a plantear dos tendencias principales. Por un lado, los estudios que hacen foco en el territorio como espacio de pertenencia donde se realiza el intercambio simbólico (Martín-Barbero, 1987; Silva, 1992; García Canclini, 1991). Por otro, aunque vinculado con el primero, encontramos los análisis que tratan sobre las maneras en que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías inciden en la relación de los actores con su entorno y los cambios en los modos de socialidad. Esta tendencia se ve fuertemente influenciada por los procesos identitarios, el auge de la globalización y la preocupación por el espacio público (Orozco, 1991; Mattelart, 1987; Ferry 1992; Rey, 1993). De esta corriente se desprende una nueva fuente de estudios que se relaciona con los movimientos sociales, los

usos comunicacionales y su vinculación con el espacio urbano (Reguillo y J. González, 1992; Galindo, 1987). La esfera mediática deja de ser el centro exclusivo de los estudios de comunicación y van ganando espacio los estudios culturales. Marta Rizo (2005) detalla con clarividencia los modos de abordaje de este objeto tan complejo como interesante. Esta autora define a los estudios culturales, la economía política, la psicología social, la semio-lingüística y la sociología funcionalista como las fuentes teóricas influyentes en el campo. Rizo inicia su exposición definiendo las cuatro dimensiones en que pueden agruparse los objetos de la comunicación:

Expresión: cómo se presenta la información, manifestaciones artísticas en el espacio urbano, modificaciones expresivas y formales, lenguaje coloquial de las interacciones urbanas, cultura visual.

Difusión: mapa de medios de la ciudad, análisis de la imagen de ciudad, incidencia de los medios en la ecología urbana, uso de los medios por parte de un sector.

Interacción: construcción de vínculos y relaciones entre sujetos, etnografías en espacios urbanos concretos como plazas públicas, bares o calles, cambios en las interacciones cotidianas.

Estructuración: vincula las tres dimensiones desarrolladas. Legislación sobre medios, relación entre medios, uso del espacio urbano para información pública y actividad política, etcétera.

En el contexto de este trabajo, el papel fundamental que cumple la comunicación, no sólo se debe a una especificidad disciplinar, sino también a la importancia que adquiere el lenguaje como articulador y constructor de mundos. Bericat Alastuey, en su obra *Sociología de la movilidad espacial*, plantea la necesidad de incorporar la *movilidad comunicativa* a los estudios sobre movimientos espaciales. La define como “la movilidad de materia significativa que no requiere desplazamiento corporal” (Bericat Alastuey, 1994: 52). Se entiende a la *movilidad* como *hecho comunicativo*, y a la *comunicación* como constructora de espacialidad desde las interacciones cotidianas. En esta línea, y en concordancia con la postura epistemológica que persigue este trabajo, se destaca la relevancia que los primeros constructivistas dan a la comunicación. “Por medio del lenguaje puedo trascender el espacio que separa mi zona manipulativa de la del otro (...) Como resultado de estas trascendencias, el lenguaje es capaz de ‘hacer presente’ una diversidad de objetos que se hallan ausentes –espacial, temporal y socialmente– del ‘aquí y ahora’” (Berger y Luckmann, 2008: 56). Al momento de pensar la comunicación, Reguillo habla de la ciudad como el espacio en “construcción constante (...) Se concibe como una gran red de comunicación que interpela a los actores de diversas maneras” (Reguillo, 2007: 8). En este mismo artículo se explica que la dinámica entre lo estructurado y lo estructurante se manifiesta en que los actores inmersos en su entorno espacial, se sitúan en un proceso que los constituye, al mismo tiempo en que son constituidos.

Ahora bien, nos hallamos ante la dificultad de trabajar la ciudad como objeto de la comunicación enfocada desde el constructivismo. El conflicto –y la oportunidad– estriba en que es una corriente de pensamiento poco difundida en los estudios de esta disciplina. Como

referente constructivista –radical– en comunicación, encontramos a Watzlawick quien en su obra *Teoría de la comunicación humana* (1989) plantea los axiomas de la comunicación (3) y operacionaliza conceptos como *marco de referencia* y *caja negra* propios de los constructivistas socio-técnicos (4). Watzlawick está fuertemente influenciado por la teoría sistémica de Von Bertalanffy, por la teoría cibernética de Bateson y por la teoría del lenguaje de Wittgenstein. El porqué este libro, escrito en la década del setenta, no es de gran relevancia académica en las ciencias de la comunicación, puede relacionarse con tres factores: uno, porque no fue desarrollado como obra de la comunicología sino que estuvo orientado a la psicología y terapias sistémicas, otro factor se debe al predominio de los enfoques empírico-positivistas en el campo de la comunicación, como señala Rizo (2004), y por último porque esta ciencia se ha centrado en el estudio de los medios de difusión.

La necesidad de abordar la ciudad desde el constructivismo responde a la articulación emergente de nuestra tríada *socio-técnico-cultural* y a la primacía que adquiere la comunicación, en tanto interacción entre sujetos cognoscentes, actores no-humanos (5) y representaciones e imaginarios que nos permiten dar cuenta de lo simbólico. Encontramos aquí un vacío que intentaremos sino completar, al menos plantear, proponiendo al *constructivismo urbano* como nuevo modo de pensar la ciudad en su articulación comunicacional imbricada en la capa tecnológica digital (6) que la compone. Al momento de pensar en la articulación entre ciudad y tecnología digital, surgen posibles objetos o fenómenos para estudiar: gobierno electrónico, e-democracia, civismo digital, uso de TIC por parte de organizaciones sociales, comercio electrónico, voto electrónico, brecha digital y accesibilidad, políticas públicas de acceso a la información y a la comunicación digital, teletrabajo, educación y TIC, ciudad digital, cibercultura, etcétera.

¿Es posible el Constructivismo?

El gran aporte que los constructivistas realizaron fue la desnaturalización de las cosas que se entendían como dadas, afirmando que existe un conjunto de interacciones simbólicas y materiales que en un momento histórico dado hace que las cosas sean de una manera y no de otra. Asimismo, dentro de los basamentos teóricos comunes a las diversas corrientes constructivistas, podemos rescatar a un sujeto cognoscente, pensante, que construye el mundo a partir del lenguaje la interacción y la memoria; y de aquí se desprende la variedad de realidades y puntos de vista que existen sobre un objeto. Para muchos constructivistas es la cognoscibilidad lo que hace al sujeto un ser autónomo.

En cuanto a la relación entre el hombre y la sociedad que sirve de plataforma para pensar el fenómeno de construcción de la ciudad, podemos ver que “la relación entre el hombre, productor, y el mundo social, su producto, es y sigue siendo dialéctica. Vale decir, que el hombre (no aislado, sino en sus colectividades) y su mundo interactúan. El producto vuelve a actuar sobre el productor. La externalización y la objetivación son momentos de un proceso dialéctico continuo. El tercer momento de este proceso es la internalización (por la que el mundo social objetivado vuelve a proyectarse en la conciencia durante la socialización)”

(Berger y Luckmann, 2008:81). Estos autores resumen el proceso social en tres características: la sociedad es un producto humano, la sociedad es una realidad objetiva, el hombre es un producto social. Pero en la base, en el origen de esta dialéctica, se encuentra siempre el hombre. Por su parte, la teoría de Castoriadis, si bien está en la línea constructivista, hace hincapié en el rol que adoptan los *imaginarios* (7) en este proceso. “La sociedad es una construcción, una constitución, una creación del mundo, de su propio mundo. Su identidad no es sino este sistema de interpretación, este mundo que ella crea” (Castoriadis, 2000: 18).

Pese a sus virtudes, esta teoría no carece de críticas. Entre las limitaciones que presentan las primeras teorías constructivistas, se destaca la relevancia que adquiere la noción de *intención* que prevalece en la acción del actor. Morin –también considerado referente del constructivismo– cuestiona esta idea y nos incita a pensar que “en el momento en que el individuo emprende una acción (...) esta comienza a escapar a sus intenciones” (Morin, 2008:115). Otra crítica en esta línea viene de la mano de Zolo, para quien el constructivismo radical “ignora la situación de circularidad a causa de la cual ninguna construcción cognitiva es libre, y al hacerlo así, empiezan a establecer relaciones lineales, causales y ‘direccionales’ entre agente y medio ambiente” (Zolo, 1992: 23).

La amplitud y permeabilidad de esta corriente teórica ha generado su indiscriminada utilización. La obra de Hacking desarrolla el estado de la cuestión y las salvaguardas que se deben tener antes de incurrir a la construcción social de cualquier objeto (que él nombra con la letra X). Este trabajo marcó una bisagra que obliga, a quien pretenda basarse en el constructivismo, a cuestionar si realmente su objeto está construido socialmente.

“Si todo el mundo sabe que X es el resultado contingente de disposiciones sociales, no hay lugar para decir que es socialmente construido (...). La gente empieza a sostener que X es socialmente construido precisamente cuando descubre que: en la actual situación, X se da por supuesto; X parece ser inevitable” (Hacking, 2001: 35). Éste es el enunciado de precondition para una tesis constructivista y significa que el concepto X en cuestión, la matriz de reglas, las prácticas, las representaciones sociales y la infraestructura material en que existe no es inevitable y aquí se inicia el proceso de desandar lo naturalizado y reconstruir el entramado de X. Hacking considera que el objetivo del discurso del constructivismo social es dar cuenta de los procesos de interacción de conceptos, prácticas y actores que conforman determinado producto.

Llegados a este punto, consideramos que pensar desde el constructivismo es pensar desde el movimiento que se instala en la esencia misma de las cosas. A la pregunta de qué estudiar desde el constructivismo podemos sintetizar: la formación o ensamblaje de partes que constituyen entramados histórico-socialmente determinados, donde se desarrolla la interacción de diversos actores y a través del lenguaje, donde emergen y se construyen, a su vez, imaginarios y representaciones del fenómeno. Por qué estudiar la ciudad es la respuesta que hemos intentado ofrecer a lo largo de este trabajo. Se trata de poder ver la multiplicidad de contingencias de diversas dimensiones que hacen que la *ciudad* sea tal, en un momento dado. Esa construcción se efectiviza en la interacción de prácticas sociales e individuales de índole

subjetiva, con las producciones estructurales de orden objetiva y que conforman no sólo un contexto material, sino político, económico y cultural que in-determinan el libre albedrío de los actores, pero definen ciertos rasgos en sus prácticas.

Por último necesitamos saber cómo hacerlo, de esto trata nuestro último apartado. Pese a las críticas formuladas al constructivismo, del tránsito por este trabajo emerge la sustancialidad de los aportes de esta corriente para abordar *la ciudad*. Al asumirla como un entramado complejo de acciones sociales, técnicas y culturales, prácticas llevadas a cabo por sujetos cognoscentes, aunque no plenamente libres, sino sociales y socializados –influenciados por los procesos de estructuración–; el aporte esencial del constructivismo es permitirnos abordar esa multiplicidad de relaciones, dimensiones y niveles que entretejen *la ciudad*. Posibilitándonos así dar cuenta de la trama dinámica en que se erige la ciudad a cada instante, y a su vez, de cómo la ciudad incide en la conformación de esos sujetos.

Una propuesta final: el Constructivismo urbano

Luego de analizar el constructivismo como una matriz de pensamiento viable para abordar los fenómenos sociales y la ciudad en particular, resta preguntarnos acerca de cómo operacionalizar los conceptos clave del constructivismo para entender la ciudad ¿Cómo articular las diversas vertientes constructivistas? Se nos presenta la inquietud de hacer converger el *constructivismo geográfico o espacial*, el *constructivismo social* (CTS - Estudios Sociales de Ciencia y Tecnología) y algunos aportes de los *estudios culturales* para el estudio de la ciudad. Analicemos esta propuesta por partes.

Consideramos que el carácter esencialmente complejo de la ciudad nos conduce a centrarnos en un aspecto fundamental que se desprende de nuestra definición como un entramado *socio-técnico-cultural*. La construcción social de la ciudad no sólo que no puede prescindir de los actores y su mundo simbólico cultural, sino que es impensable por fuera de la *tecnología*. Las tecnologías están inmersas en los movimientos sociales, culturales, económicos y políticos constitutivos y constituyentes de la ciudad. Pero esto no puede significar de ningún modo la caída en análisis unidimensionales que reduzcan la complejidad que se permea por los intersticios de la ciudad, a un mero recorrido histórico de los artefactos, o a las tesis sustentadas por el *determinismo tecnológico* que sostiene que los cambios sociales están definidos por los tecnológicos. Además, hacer hincapié en la ciudad como un *entramado socio-técnico-cultural*, también nos permite tomar distancia de aquellos estudios que incurren en el *determinismo sociológico* para el cual la tecnología se presenta como neutral y no incide en el desarrollo o cambio social.

En un intento por superar las parcialidades detalladas y recuperar los avances del constructivismo, nos topamos con el Constructivismo Social –particularmente desarrollado en los últimos años para comprender la tecnología– que viene a resolver, al menos en parte, nuestro dilema. En esta línea, encontramos autores como: Bijker, Hughes, Pinch (1987); y en el plano nacional contamos con los aportes de Hernán Thomas. Bruno Latour y Michel Callon brindan una gran contribución a nuestra causa con su teoría del actor-red. “La tesis

constructivista es que la tecnología, en toda su extensión y profundidad (...) puede entenderse como el resultado de complejos procesos de construcción social” (Aibar, 1996: 158). La corriente constructivista, que emerge de los estudios en sociología de la tecnología, logra descomponer las dicotomías (no sólo tecnología-sociedad, sino también agencia-estructura) al hablar del carácter heterogéneo, multifacético y contextual de las prácticas y los objetos. Es el concepto de *entramado sin costura* (Bijker 2008) el que permite observar cómo el tejido social no está formado por fragmentos, sino que lo que se ve en los pliegues son las acciones de los actores –humanos y no humanos– que están atravesados por aspectos políticos, económicos, informacionales, tecnológicos, culturales, sociales, etcétera. Para este constructivismo, “lo sociotécnico influye en lo sociotécnico” (Aibar, 1996: 160); es decir, no hay preponderancia de una cosa sobre otra.

En este desarrollo podemos relevar la importancia que cobra la interacción entre lo técnico y lo social al momento de estudiar determinados fenómenos. En este sentido, el aspecto simbólico no puede quedar por fuera de las condiciones de producción de este entramado con el que definimos la *ciudad*, como tampoco podemos ignorar el tratamiento de lo espacial en el estudio de la misma. Alicia Lindón (2007) nos brinda un estudio metodológico y teórico sobre el abordaje constructivista de la ciudad haciendo hincapié en el constructivismo geográfico. Esta especialidad se inicia hacia finales de la década del setenta con los aportes de David Ley. Lindón enfatiza la idea de que “en nuestra concepción, el constructivismo geográfico –o espacial– asume que el sujeto habitante y también cognoscente, construye los lugares día a día, aunque esos lugares también reconfiguran las identidades de los sujetos que los habitan” (Lindón 2007: s/pág.). En esta construcción social de los lugares, la experiencia espacial y lo simbólico cobra una particular importancia, lo cual se materializa en la inclusión de los imaginarios en el estudio constructivista geográfico. Bailly realiza interesantes aportes al respecto otorgándole protagonismo a los componentes no materiales en su articulación compositiva con lo real “en un entorno histórico y socialmente dado, el individuo construye su propia realidad articulando lo estructural, lo funcional y lo simbólico” (Bailly, 1989: 11). Atravesando esta corriente se destaca el rol fundamental del lenguaje y la comunicación como medio de conocimiento y creación de la realidad al tiempo que vehiculiza los fragmentos simbólicos que constituyen los pliegues de la ciudad.

Articulando el entramado urbano, lo simbólico se encuentra compuesto por lo imaginario, las representaciones sociales, las prácticas culturales, las diversas formas de vida y los modos en que los sujetos dotan de sentido su mundo social. Este aspecto de la ciudad podría ser abordado desde la psicología social, la antropología o el interaccionismo simbólico, pero hemos optado por la corriente de los *estudios culturales*. El hecho de que no se los pueda definir disciplinarmente sino “por conjuntos de objetos, metodologías y problemas teóricos que navegan entre disciplinas diversas” (Altamirano, 2002: 85) otorga una flexibilidad epistemológica apropiada para trabajar en articulación con el constructivismo. En este marco, la ciudad se concibe como un objeto de cultura construido y transformado por representaciones sociales que, a su vez, son construidas socialmente. Si bien son vastos los estudios culturales

sobre lo urbano, resulta pertinente traer a colación las críticas que realiza Gorelik cuando afirma que “los estudios culturales sobre imaginarios urbanos parecen haber construido no un cuarto cerrado, sino una pileta de natación de aguas calmas donde, en plena transformación turbulenta de la ciudad, la imaginación urbana nada en su impotencia” (Gorelik, 2004: 279). Para este autor, referente nacional de los estudios culturales urbanos, parte del agotamiento de esta corriente se debe, por un lado, a la funcionalidad operativa de muchos estudios (relacionados al *marketing* urbano, político y urbanístico); y por otro, a la vulgarización de estos estudios por el exceso de uso de tópicos de la crítica literaria. Esta situación conduce “a dejar a la cultura urbana sin referente, convertida la ciudad en mera excusa para un torrente de metáforas en abismo, que no informan sino sobre sí mismas” (Gorelik, 2004: 264).

El reclamo al surgimiento de nuevas combinaciones que permitan abordar las transformaciones radicales y profundas que hoy está viviendo la ciudad, nos induce a seguir trabajando sobre esta propuesta teórica que denominamos *constructivismo urbano*, a través de la cual se pretende dar forma a la interacción constitutiva de la ciudad.

Retomando las ideas con que iniciamos este trabajo, creemos haber demostrado que la complementariedad entre conceptos es posible y necesaria. Podemos afirmar que todo estudio que pretenda situar su objeto en esta ciudad compleja necesitará articular los tres elementos inherentes a su construcción: actores sociales, actores tecnológicos e imaginarios sociales.

Notas

(1) Esta metáfora es trabajada como propuesta metodológica en el texto de Alicia Lindón (2007). Esta metáfora ya ha sido utilizada por Baudillard, Morin y Navarro. Los hologramas son el producto de una técnica de fotografía que permite generar imágenes tridimensionales utilizando la luz para hacer visibles cosas que no lo son y tomar contacto con dimensiones que en apariencia no estaban.

(2) La noción *socio-técnico-culturales* es trabajada por Manuel Medina en el prólogo al libro de Pierre Lévy *Ciberculturas* (2007). Lo que realiza Medina es un abordaje epistemológico de la obra de este autor enmarcada en los Estudios Sociales de Ciencia y Tecnología, también denominados CTS (sobre esta corriente avanzaremos más adelante). El concepto de sistemas socio-técnico-culturales alude a la superación de los determinismos y la necesidad de incluir aspectos sociales, culturales y tecnológicos en los estudios de los medios culturales tecnológicos. Uno de los objetivos de esta clase de estudios consiste en mostrar cómo surgen y se transforman sistemas sociales y culturales particulares a partir de la mediación de sistemas tecnológicos. Es en este punto donde converge nuestro interés de análisis tomando a la ciudad como ese objeto construido –y en construcción– en relación con la capa tecnológica digital que se imbrica en su trama.

(3) Los axiomas que plantea Watzlawick son: 1-la imposibilidad de no comunicar; 2- toda comunicación tiene un nivel de contenido y uno de relaciones de la comunicación, este último clasifica al primero y es, por lo tanto, una meta-comunicación; 3- la naturaleza de una relación depende de la puntuación de las secuencias entre los comunicantes (esto significa que tanto el emisor como el receptor estructuran el flujo de la comunicación de diferente forma y, así, interpretan su propio comportamiento como mera reacción ante el del otro); 4- la comunicación humana implica el lenguaje digital (lo que se dice) y el lenguaje analógico (cómo se dice); 5- los intercambios comunicacionales son simétricos o complementarios, según se basen en la igualdad o la diferencia (Watzlawick, 1989).

(4) El *marco de referencia* es el contexto de prácticas de usos, significados otorgados a un artefacto y la interacción de diversos actores donde emerge un artefacto tecnológico. Los marcos están *entre* los actores, ni encima ni en los actores. El marco tecnológico intenta dar cuenta de la complejidad del objeto, de su heterogeneidad y la imposibilidad de fijarlo. Con el concepto *caja negra*, se aludía anteriormente, a aquello que no podía saberse. Los constructivistas

sociales (tanto la corriente del constructivismo socio-técnico, como el de la teoría del actor-red) basan su análisis en la apertura de esa caja negra para comprender la composición social de la tecnología (Thomas; Bijker, 2008).

(5) En la teoría del actor-red de Latour, los actores son tanto humanos como no humanos, o mejor dicho cuasi-humanos y cuasi-objetos. Tanto sujetos como objetos son concebidos como composiciones socio-técnicas. Y con esto se rompe el binomio sujeto/objeto, desterrando la exclusividad de la acción para el sujeto. La capacidad de agencia se halla en las redes de cuasi-humanos y cuasi-objetos (Latour, 2001, 2008).

(6) Con el término *capas tecnológicas* hacemos alusión a las tecnologías que se superponen, se complementan y se emplazan en los movimientos sociales, culturales, económicos y políticos constitutivos y constituyentes de la ciudad.

(7) Haciendo una breve referencia a este concepto, los imaginarios funcionan como la unidad interna que mantiene unida a la sociedad a través de sus instituciones (normas, valores, instrumentos, lenguaje, etc.). Es una red de significados que Castoriadis denomina *magma de significaciones imaginario sociales* (Castoriadis 2000, 2003).

Bibliografía

AIBAR, Eduardo *La vida social de las máquinas: orígenes, desarrollo y perspectivas actuales en la sociología de la tecnología*, en revista REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas) nº 76, pp. 141-170, 1996.

ALTAMIRANO, Carlos *Términos críticos de la sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

BAILLY, Antonie *Lo imaginario espacial y la geografía. En defensa de una geografía de las representaciones*, en Anales de geografía de la Universidad Complutense, nº 9, pp. 11-19, Madrid Ed. Universidad Complutense, 1989.

MARTIN-BARBERO, Jesús *De los medios a las mediaciones*. México, GG, 1987.

MARTIN-BARBERO, Jesús *Procesos de comunicación y matrices de cultura*, México, FELAFACS/GG, 1987.

BERGER Peter y Thomas LUCKMANN *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2008.

BERICAT ALASTUEY, Eduardo *Sociología de la movilidad espacial. El sedentarismo nómada*. Madrid, CIS Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994.

BIJKER, Wiebe "La construcción social de la baquelita: hacia una teoría de la invención", en THOMAS, Hernán; BUCH, Alfonso (coords.) *Actos, actores y artefactos: sociología de la tecnología*, Buenos Aires, Ed. Universidad Nacional de Quilmes 2008.

BIJKER, Wiebe; HUGHES Thomas; PINCH, Trevor *The social construction of technological systems. New directions in the sociology and history of technology*, Cambridge, MIT Press, 1987.

GARCÍA CANCLINI, Néstor *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CONACULTA/Alianza, 1991.

CARTA DE ATENAS. Disponible en www.lacult.org/doccc/cartaatenas1933.doc

CASTORIADIS, Cornelius *Ciudadanos sin brújula*, México, Ed. Coyoacán, 2000.

CASTORIADIS, Cornelius *La institución imaginaria de la sociedad 2*, Buenos Aires, Tusquets, 2003.

CHALMERS, Alan *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1988.

DE CERTEAU, Michel *La invención de lo cotidiano.1 Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 2007.

DELGADO, Manuel *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona, Anagrama, 2007.

FERRY, Jean-Marc *El nuevo espacio público*. Barcelona, Gedisa, 1992.

GALINDO J. *Movimiento social y cultura política*. México, Universidad de Colima 1987.

GOFFMAN, Ervin *Relaciones en público*. Madrid, Alianza, 1974.

GORELIK, Adrián *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004.

HACKING, Ian *¿La construcción social de qué?*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

LATOUR, Bruno *La esperanza de Pandora. Ensayo sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 2001.

LATOUR, Bruno *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial, 2008.

LEFEBVRE, Henri *La revolución urbana*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.

LEFEBVRE, Henri *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Ediciones Península, 1978.

LÉVY, Pierre *Cibercultura. La cultura de la sociedad digital*, Barcelona, Anthropos, 2007.

LINDÓN, Alicia *Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales*. Revista EURE, Santiago, v. 33 n.99 agosto 2007.

LUJÁN, José Luis; MORENO, Luis "El cambio tecnológico en las ciencias sociales: el estado de la cuestión" En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 74, pp. 127-161, 1996.

MATTELART, Armand y Michele *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*. Madrid, FUNDESCO, 1987.

MONGIN, Olivier *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

MORIN, Edgar *Introducción al pensamiento complejo*, Buenos Aires, Gedisa, 2008

OROZCO, Guillermo *Recepción televisiva. Tres aproximaciones y una razón para su estudio*. México, PROICOM, Universidad Iberoamericana, 1991.

REGUILLO R.; GONZÁLEZ J. "México, volver al futuro. Comunicación y culturas a la vuelta del milenio". En Guillermo Orozco (coord.) *La investigación de la comunicación en México, Tendencias y perspectivas para los noventas. Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales* Nº 3, México, PROICOM, Universidad Iberoamericana, 1992.

REGUILLO, Rossana *Ciudad y comunicación. Densidades, Ejes y Niveles*, Revista Diálogos de la comunicación FELAFACS, nº 74, mayo-agosto 2007.

REY, Germán *Los instrumentos de la levedad* en Intermedios Nº 6, RTC, México, abril 1993.

RIZO, "Marta Reseña del libro Teoría de la comunicación humana. El diálogo entre la comunicación y las ciencias psicológicas", Revista *Razón y Palabra*, nº 40, México, agosto-septiembre 2004.

RIZO, Marta "La ciudad como objeto de la comunicología. Hipótesis, preguntas y rutas para la construcción de un estado del arte sobre la línea de investigación Ciudad y Comunicación", Andamios. En *Revista de Investigación Social*, Universidad Autónoma de la Ciudad de México vol. 1, nº 2, pp. 197-225, junio 2005.

SCHUSTER, Federico *"Filosofía y métodos de las ciencias sociales"*, Buenos Aires, Manantial, 2002.

SILVA, Armando *Graffiti, una ciudad imaginada*, Bogotá, Tercer Mundo Editores. 1992.

THOMAS, Hernán; BUCH, Alfonso (coord.) *Actos, actores y artefactos: sociología de la tecnología*, Buenos Aires, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

WATZLAWICK, Paul; BAVELAS, Janet B.; JACKSON, Don D. *Teoría de la comunicación humana*, Barcelona, Ed. Herder, 1989.

WINOGRAD, Marcos *Intercambios*, Buenos Aires, Espacio Editora, 1988.

ZOLO, Danilo *Democracia y complejidad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1994.

PAULA VERA

Es Licenciada en Comunicación Social. Becaria CONICET. Actualmente desarrolla su doctorado en Ciencias de la Comunicación, Universidad Nacional de Rosario (UNR). Su tema de investigación: La intervención de las tecnologías de información y comunicación en la ciudad. Integra distintos proyectos de investigación en Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) bajo la dirección de Ester Schiavo. En la UNR es adscripta a materias referidas a TIC.